

1. Eric Roll – HISTORIA DE LAS DOCTRINAS ECONÓMICAS

CAPITULO IV

EL SISTEMA CLÁSICO

1. LAS CARACTERÍSTICAS DEL CLASICISMO

El último cuarto del siglo XVIII está lleno de sucesos que parecen pregonar la fundación de una nueva era en la organización económica y política. En el campo de la producción, presencié el comienzo de la Revolución Industrial, que iba a abrir enormes posibilidades de expansión al reinado del capitalismo industrial, establecido recientemente. La sociedad de Mateo Boulton y James Watt, fundada en 1775, realizó la unión del capitán de industria y el científico, unión que puede considerarse como simbólica de una nueva alianza. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos acabó, un año después, con la explotación de una de las regiones coloniales más importantes y privó de uno de sus sostenes más poderosos al antiguo sistema colonial sobre el cual se había levantado gran parte del pensamiento mercantilista. Aquel mismo año se publicó una *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, libro escrito por un filósofo escocés convertido en economista y que estaba llamado a ser la *fons et origo* de la economía para las generaciones siguientes. Y, pocos años después, la Revolución Francesa selló el destino de lo que aún quedaba de la sociedad medieval.

Ya hemos visto que el comienzo de esta nueva era puede colocarse casi cien años antes. El capitalismo industrial es más antiguo que la Revolución Industrial; la política mercantilista empieza a decaer poco antes de fines del siglo XVIII, y, cuando menos en Inglaterra, el país capitalista más adelantado, la estructura política había empezado a cambiar de acuerdo con las ideas del liberalismo mucho antes de que la Revolución Francesa llevase su estímulo a las fuerzas del liberalismo de todas partes. También la teoría económica había adquirido un nuevo contenido y nuevos métodos mucho antes de que Adam Smith apareciese en escena para hacerla consciente de su propio carácter cambiante.

Puede justificarse, sin embargo, la opinión de que los cincuenta años en torno del final del siglo marcan un cambio social profundo. Formas nuevas de producción, de relaciones sociales, de gobierno y de pensamiento social, que en su lucha contra las antiguas se habían desarrollado de una manera lenta y muchas veces vacilante, avanzaban ahora triunfalmente, y, debido a su espectacular progreso, las batallas anteriores fueron fácilmente olvidadas. En el campo de las ideas, el reflejo de los cambios económicos y políticos acusa una diferencia aún más notable que aquellos cambios mismos. El pensamiento social toma conciencia de sí mismo y revela un conocimiento más completo que hasta entonces de la naturaleza del orden social que se estaba erigiendo ante sus ojos. Llegó a ser capaz de ver el conjunto de la estructura de aquel orden y las completas interrelaciones de sus partes componentes. Las disciplinas sociales individuales se integran en una amplia filosofía social, y cada una de ellas se sistematiza. Se recogen fragmentos dispersos, se refinan y se juntan para formar un cuerpo de doctrina que posea consistencia interna.

Este proceso se pone de manifiesto con claridad en el campo del pensamiento económico. Lo que el siglo había producido hasta entonces había sido confuso y accidental. Existieron anticipaciones brillantes, como la defensa de la libertad de comercio hecha por North. Hubo también tratados que desplegaban notable penetración en el proceso económico, como el *Essai* de Cantillon y los *Principles* de Steuart. Había habido un Petty, cuyo genio había logrado formular el problema central del valor. Y de la controversia sobre el dinero y el interés empezaban a surgir ciertas ideas comunes. Mas, a pesar de todo esto, no se había logrado mucho y la confusión subsistía. Petty se preocupó, sobre todo, de las finanzas públicas, y sus otras aportaciones estaban ocultas bajo una masa de materiales menos im-

Eric Roll: HISTORIA DE LAS DOCTRINAS ECONÓMICAS

portantes. El título del libro de Steuart era inadecuado, pues carecía del conocimiento de las leyes internas de los procesos sociales. Y hasta el *Essai* de Cantillon no era lo bastante sistemático para presentar al mundo un cuadro coherente del mecanismo económico.

La hazaña suprema de Smith y de Ricardo consistió en poner orden en el estado todavía caótico de la investigación económica. A ese orden se le ha dado el nombre de sistema clásico. Las diferentes escuelas de pensamiento existentes entre los economistas posteriores han elegido ese nombre por razones diversas. Algunas veces el término "clásico" se aplica a las doctrinas del sistema para denotar la autoridad indiscutible y general que poseen. Otras veces se usa para dar importancia especial a las consecuencias de esas doctrinas en el campo de la política. Y otras veces aún, se llama clásico el sistema para distinguirlo de las escuelas críticas (por ejemplo, la romántica) que se desarrollaron después de él y que, para muchos economistas, representan cierta decadencia.

Si quisiéramos resumir las características distintivas del análisis económico contenido en la *Riqueza de las naciones* o en los *Principios* de Ricardo, tendríamos que destacar, ante todo, la penetración que revelan en el estudio del mecanismo económico de la sociedad moderna. Sus análisis dejan al desnudo, con extremado rigor, los principios subyacentes en el funcionamiento del sistema capitalista, así como el proceso histórico que lo produjo. A eso añadió Ricardo un intento de descubrir la tendencia de la evolución futura del sistema. En segundo lugar, ese análisis se distingue también por haber sido el primero en reconocer explícitamente que los fenómenos sociales, e incluso la historia, obedecen a leyes propias que pueden ser descubiertas. Lo que da a la obra de Smith y de Ricardo su carácter científico, fue el conocimiento de una *Gesetzmässigkeit* (legalidad, sujeción a leyes) interior tan compulsiva en la economía capitalista individualista como lo habían sido en el feudalismo las formas externas de reglamentación. Que hayan sido limitados, como han dicho algunos críticos, en su análisis técnico y en sus opiniones sobre la validez de las leyes particulares que descubrieron, no amengua la grandeza de su obra. Ellos enseñaron a los economistas posteriores la necesidad de un principio unificado para explicar los fenómenos económicos de suerte que cada uno de ellos se relacione con los demás. Aprovechando los cimientos puestos por los fisiócratas, trataron de dar una idea completa del proceso económico, es verdad que abstracta, pero que contenía la esencia de la realidad. Y aunque algunas partes del cuadro tengan que ser pintadas de nuevo, el resto conserva su valor.

No es fácil determinar los límites cronológicos del sistema clásico. siempre que tengamos en cuenta el duro trabajo de los economistas ingleses de principios del siglo XVIII y de los fisiócratas franceses, podemos hacer que su punto inicial coincida con las obras de Adam Smith. Es más difícil señalar su terminación. En realidad, algunos economistas pretenden que no ha terminado y que su tradición está viva en la obra de los líderes de la economía contemporánea. Sin embargo, esto parece ignorar por completo el cambio que tuvo lugar en el pensamiento económico de Inglaterra, ciudadela del clasicismo, a partir de las dos primeras décadas del siglo XIX. Es cierto que el intento de Malthus para destruir los fundamentos del sistema ricardiano fracasaron, y que los principios más importantes de la economía política clásica siguen gozando de considerable autoridad. Los que se popularizaron con facilidad, entraron rápidamente en la conciencia pública. En Inglaterra, y en menor medida en otros países, las circunstancias generales eran extremadamente favorables para recibir y conservar muchas de las ideas clásicas, y su influencia sobre la política fue muy grande durante algún tiempo.

En el campo del pensamiento empezaron a manifestarse señales de cambio, y los *Elementos de economía política*, de James Mill, publicados en 1821, fueron la última expresión de fe ciega en la escuela ricardiana. Pero ese libro señala ya la inminente disolución del sistema. Después, se hacen más abundantes las pruebas de la decadencia de su autoridad. En Inglaterra y en Francia, los economistas formados en la tradición clásica empiezan a sentirse inquietos por contradicciones reales o imaginarias de la doctrina heredada y por sus implicaciones, y comienzan a abrir caminos nuevos. También en ambos países, pero especialmente en Inglaterra, la influencia de la economía política clásica se deja sentir en un sector inesperado: el naciente movimiento obrero; y, como reacción, se deja sentir una poderosa corriente apologética en el nacimiento de una ortodoxia económica. Además, otra nueva manifestación, particularmente notable en Alemania, es una reacción romántica contra las enseñanzas clásicas en la que reaparecen súbitamente las teorías mercantilistas. Durante casi medio siglo no es posible ya hablar de una sola escuela de pensamiento económico que goce de universal autoridad. Sólo con el advenimiento de la teoría de la utilidad marginal en la década de los setentas, se logra cierta unificación y de nuevo se hace posible considerar una doctrina como la más generalmente aceptada; pero aun entonces, su autoridad ya no es indiscutible ni universal. Sólo tiene preponderancia dentro del pensamiento académico, y su influencia sobre la política no puede compararse a la de la teoría clásica.

La formulación del sistema clásico fue en gran medida obra de dos hombres, que nos parece lo

mejor concentrarnos por completo en su obra, en las páginas que siguen. El único escritor que, además de Smith y de Ricardo, tomaremos en cuenta en este capítulo, es Malthus, mas sólo por la parte de su obra que entra dentro de la tradición clásica. En el capítulo siguiente encontraremos de nuevo a Malthus como crítico importante de algunas de las conclusiones fundamentales de Ricardo.

Puede parecer extraño considerar a Smith y a Ricardo cofundadores de la escuela clásica. Cuando Smith publicó su principal obra económica, Ricardo era un niño de cuatro años. Hasta cuarenta y un años más tarde (veintisiete después de muerto Smith) no publicó Ricardo su tratado. Además, mientras Smith empezó como filósofo, Ricardo entró en el campo de la economía como negociante afortunado que después se hizo político. Aunque la edición definitiva de las obras de Ricardo que ahora está en vías de publicación cuenta nueve volúmenes, su obra principal es un tomito comparada con el voluminoso tratado de Adam Smith. Nada podría ser más diferente que sus planes, métodos y estilos; pero, no obstante todas esas diferencias, los puntos en que están de acuerdo son tan fundamentales, que sus nombres irán por siempre unidos en la historia del pensamiento económico.

2. ADAM SMITH

Para resumir la obra de Smith en unas cuantas páginas, es necesario dividirla de alguna manera. Lo mejor parece distinguir dos aspectos, teniendo debida cuenta de su relación mutua. Éstos son: primero, la filosofía social y política, que forma su base y los preceptos de política económica que de ella se derivan; y segundo, el contenido económico de carácter técnico. Las opiniones difieren en lo relativo a la importancia de estos elementos constitutivos de la *Riqueza de las naciones*; pero la opinión que aquí se ha adoptado es que el segundo tiene más importancia que el primero.

b) *La filosofía política*. Los elementos filosóficos no están presentes en la superficie del análisis de Smith. La obra se divide en cinco libros que tratan, respectivamente, de los problemas de la producción, la distribución y el cambio, del capital, de las diferentes políticas económicas que han seguido en diversas épocas distintas naciones, de los sistemas anteriores de economía política y, finalmente, de las finanzas públicas. Con excepción del brevísimo capítulo segundo del libro I, no hay una parte especial independiente dedicada a estudiar el alcance de la investigación económica en relación con el estudio de la conducta humana en general, ni hay ninguna mención explícita del sistema de filosofía de la cual se derivan los principios económicos de Smith. Pero este sistema está muy de manifiesto, e impregna todo el libro más aún que a los escritos de los fisiócratas. Una y otra vez tomará ocasión de un argumento particular para subrayar la suprema bondad del orden natural y señalar las inevitables imperfecciones de las instituciones humanas. Déjense a un lado las preferencias y las limitaciones artificiales —dice— y se establecerá por sí solo el "sistema claro y sencillo de la libertad natural".¹ Además, "ese orden de cosas que la necesidad impone... es... promovido por las inclinaciones naturales del hombre". Las instituciones humanas frustran con excesiva frecuencia esas inclinaciones naturales.²

No debemos olvidar que el autor de la *Riqueza de las naciones* es también autor de la *Theory of Moral Sentiments*: y no podemos entender las ideas económicas del uno sin algún conocimiento de la filosofía del otro. Según Smith, la conducta humana es movida naturalmente por seis motivos: el amor de sí mismo, la simpatía, el deseo de ser libre, el sentido de la propiedad, el hábito del trabajo y la tendencia a trocar, permutar y cambiar una cosa por otra. Dados estos resortes de la conducta, cada hombre es, por naturaleza, el mejor juez de su propio interés y debe, por lo tanto, dejarse en libertad de satisfacerlo a su manera. Si se le deja en libertad, no sólo conseguirá su propio provecho, sino que también impulsará el bien común. Este resultado se consigue porque la Providencia ha organizado la sociedad según un sistema en que prevalece un orden natural. Los diferentes motivos de la conducta humana están equilibrados tan cuidadosamente, que el beneficio de un individuo no puede oponerse al bien de todo. El amor de sí mismo va acompañado de otros motivos, especialmente de la simpatía, y las acciones que de ahí resultan no pueden sino implicar el provecho de los demás en el de uno mismo. Esta creencia en el equilibrio natural de los motivos humanos llevó a Adam Smith a su famosa aseveración de que, al buscar su propio provecho cada individuo, es "conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en su propósito".³ Si Smith, en efecto, dudaba si el individuo no favorecería así el interés de la sociedad de modo más eficaz que si se propusiera hacerlo. "Nunca he sabido —dice— que hiciesen mucho bien aquellos que afectaban trabajar por el bien público."

¹ Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (ed. W. R. Scott, 1925), vol. II. p. 206.

² *Ibid.* vol I, p. 385

³ Adam Smith, *op. cit.* p. 456

Las consecuencias de esta creencia en el orden natural son sencillas. Pocas veces puede ser el gobierno más eficaz que cuando es negativo. Su intervención en los negocios humanos, por lo general, es dañosa. Que permita a cada individuo de la comunidad buscar el mayor provecho posible para sí mismo, y, obligado por la ley natural, contribuirá al mayor bien común. El sistema natural sólo conoce tres deberes de gobierno que, si bien de gran importancia, son "llanos y comprensibles para el entendimiento común". El primero es el deber de la defensa contra la agresión extranjera; el segundo, el deber de establecer una buena administración de justicia; y el tercero, sostener obras e instituciones públicas que no serían sostenidas por ningún individuo o grupo de individuos por falta de una ganancia adecuada.⁴ Paz en el interior y en el exterior, justicia, educación y un mínimo de empresas públicas de otro tipo, tales como carreteras, puentes, canales y puertos, son todos los beneficios que puede rendir el gobierno. Fuera de eso, la "mano invisible" es más eficaz.

Cuando Smith aplica esas reglas del orden natural a las materias económicas, se convierte en un decidido adversario de todas las formas de intervención del estado en los negocios ordinarios de la industria y el comercio. El equilibrio natural de los motivos opera con la mayor eficacia en los asuntos económicos. Cada individuo tiene el mayor deseo de obtener el mayor provecho posible para sí mismo; pero es miembro de una comunidad, y la busca de ganancias -la llevará a cabo únicamente por caminos señalados por el orden natural de la sociedad. Mediante la división del trabajo, el hombre aumenta la productividad de su esfuerzo, pero deja también de ser independiente de los demás. El hombre como individuo de una sociedad tiene casi constantemente necesidad de la ayuda de los otros, mas es inútil que espere que lo hagan sólo por benevolencia. En su deseo de alcanzar sus propios fines, debe apelar al egoísmo de los demás, y no sólo a su simpatía. "No esperamos nuestra comida de la benevolencia del carnicero, el cervecero y el panadero, sino del cuidado con que atienden a sus propios intereses."⁵

El cambio hace posible esta satisfacción simultánea de dos intereses individuales. Todo individuo, al usar su propiedad o su trabajo para su propio beneficio, tiene que producir con fines de cambio, es decir, con fines que determinan todos los otros miembros de la comunidad. Deseo o no hacerlo así, está obligado, por su mera condición de miembro del orden social, a conceder un beneficio a cambio del que él recibe. Todos están obligados a poner los resultados de sus esfuerzos "en un depósito común, donde cada individuo pueda comparar cualquier parte que necesite del producto del talento de otros hombres".⁶

Smith vio en los procesos más complicados de la industria y del comercio el mismo orden inherente que gobierna los actos más sencillos de trueque. En las diferentes ramas del comercio interior, en el comercio exterior, en la relación entre la industria y la agricultura, está vigente el principio de que el orden surge espontáneamente de la ganancia. "Es máxima de todo jefe de familia prudente no intentar producir en casa aquello que le costará más hacer que comprar... Lo que es prudencia en la conducta de cada familia particular, difícilmente puede ser un desatino en la de un gran reino."⁷ De esto se deduce que si los bienes pudieran comprarse en el extranjero más baratos de lo que costaría hacerlos en el país, sería desacertado oponer obstáculos a su importación; porque esto llevaría a la industria por caminos menos remunerativos que los que podría encontrar por sí misma.

Además, todas las medidas que el país tomara con intención de favorecer una industria o de suprimir otra, de estimular a la agricultura frente a la industria, o viceversa, serían desacertadas. Los estímulos que llevaran a una industria más capital del que iría a ella de un modo natural, y las restricciones encaminadas a apartar parte o todo el capital de una industria en la cual se emplearía si no mediaran dichas restricciones, estarían mal concebidos. No promoverían el bien social a que estaban destinados, ya que, entorpeciendo la búsqueda individual de la mayor ganancia posible, disminuirían también la ganancia común.⁸

Smith fue, pues, un campeón del *laissez-faire* de mayor fuerza aún que los fisiócratas, porque aplicaba el principio sin fundarlo en la opinión de que la agricultura ocupaba una situación especialmente elevada. La universalidad de la teoría le dio su fuerza peculiar. Smith no se contentó con formular un principio abstracto: su objetivo era destruir las condiciones reales que se oponían al principio. Aplicar los principios del naturalismo a la política económica implicaba la lucha contra la aún sólida estructura de la política mercantilista sobre el comercio exterior, contra el cúmulo de reglamentaciones

⁴ Ibid, vol. II. P.206

⁵ Adam Smith, *op. cit.*, vol. I, p. 15.

⁶ Ibid. p. 17.

⁷ Ibid., p. 457.

⁸ Adam Smith, *op. cit.*, vol. II, pp. 205-06.

industriales heredadas de los siglos anteriores, y contra el intento de añadirles nuevos monopolios y privilegios.

Entre las fuerzas que libertaron el comercio exterior inglés de las reglamentaciones, que suprimieron las prohibiciones, los derechos excesivos de importación y los tratados comerciales restrictivos, la obra de Adam Smith ocupa un lugar prominente. Parte importante de dicha obra está consagrada a combatir lo que él llamaba el sistema mercantil. Smith no siempre fue correcto en sus análisis de las opiniones de los escritores mercantilistas, su crítica de la política mercantilista fue de lo más penetrante y lúcida. Examinó uno por uno los métodos que se habían usado, o se usaban aún, para manipular el comercio exterior en beneficio de un país determinado, y los encontró ineficaces y dañinos. Subvenciones y restricciones, el sistema colonial y los tratados comerciales, éstas y todas las demás medidas para asegurar una balanza comercial favorable y una gran existencia de metales preciosos, las desechó desde luego. Demostró que no habían producido ningún beneficio para la comunidad, aunque hubieran engrosado mucho las ganancias de algunos sectores particulares de la industria y el comercio.

De manera semejante fueron condenadas las reglamentaciones de los salarios y el aprendizaje y de todos los demás aspectos de la producción. El gobierno debiera negarse a establecer ningún privilegio económico especial, y debería actuar para destruir toda posición monopolista, ya fuera del capital o del trabajo, que los hombres hubieran obtenido por medio de una acción concertada. La conservación de la libre competencia, aun por la acción del estado en caso necesario, era el principal deber de la política económica. Sólo la competencia libre era congruente con la libertad natural, y sólo ella podía asegurar que cada individuo obtuviera la plena recompensa de sus esfuerzos y sumara su aportación toda al bien común.

Los resultados que siguieron a los esfuerzos de Smith fueron extraordinariamente rápidos y completos. La impresión que la *Riqueza de las naciones* produjo en los hombres de negocios y en los políticos fue muy grande; pero aunque el apóstol del liberalismo económico hablaba con palabras claras y persuasivas, su éxito no hubiera sido tan grande de no haberse dirigido a un auditorio dispuesto a recibir su mensaje. Habló con la voz de éste, la voz de los industriales que ansiaban acabar con todas las restricciones del mercado y de la oferta de trabajo, restos del anticuado régimen del capital comercial y de los intereses de los terratenientes. Además, la clase de los capitalistas industriales aún no había madurado bastante para gozar de respetabilidad. Smith presentó a esa clase una teoría que le proporcionaba lo que aún le faltaba. Por el análisis de la actividad económica sobre un fondo de filosofía naturalista, esta teoría dio a la conducta de los futuros líderes de la vida económica un sello de inevitabilidad. Reconocieron en el interés personal que Smith pone en el centro de la conducta humana el motivo que inspiraba su vida cotidiana de negocios, y se sintieron encantados al saber que su deseo de ganancia ya no se consideraría egoísta. Desapareció el constante recelo de que el comercio fuera un pecado o indigno de un caballero. Esos residuos de ideas platónicas y canonistas fueron echados a un lado, y el hombre de negocios se convirtió en teoría en lo que ya era en la práctica: el director del orden económico y político.

Al basar la política económica en una ley natural que implicaba la no intervención del estado, Smith dio también expresión teórica a los intereses esenciales de los hombres de negocios. El industrial veía enormes posibilidades de aumento de la producción y del comercio frustradas por embarazosas restricciones. La abolición de las reglamentaciones del estado y de los monopolios quizá pudiera destruir privilegios particulares, pero favorecía a la clase más progresiva de la comunidad, y a la comunidad misma en general. Cuando Adam Smith lanzaba sus invectivas contra los políticos corrompidos, no hacía más que censurar un estado de cosas que conocían bien los hombres de negocios. Cuando hacía ver que la mayor parte de las acciones del gobierno se encaminaban a impedir el progreso económico, no hacía sino decir una verdad que los lectores ya conocían. Cuando decía que en el sistema mercantil el interés del consumidor es sacrificado casi constantemente", y que se consideraba "como fin y objeto último de toda industria y comercio" la producción y no el consumo, también podía decir que no hacía otra cosa que proclamar lo que era manifiesto a todos.⁹ La competencia, no limitada por el estado ni por ningún otro organismo, era la primera condición de la expansión y, por lo tanto, finalmente, de un aumento en la satisfacción de las necesidades de todos los individuos de la comunidad.

A menudo se ha dicho que Adam Smith representaba los intereses de una sola clase. Esto es indudablemente cierto no sólo en un sentido histórico, sino incluso subjetivamente. Más tarde veremos que Smith, no obstante su suavidad de expresión, empleaba invectivas muy duras contra los miembros improductivos de la comunidad. Aunque incluía a muchos en esa categoría, es indudable que su ataque

⁹ Adam Smith, *op. cit.* p. 177.

principal se dirigía contra la situación privilegiada de quienes constituían los obstáculos más formidables al desarrollo del capitalismo industrial. Pero el éxito de su defensa de un interés particular se debió al hecho de que al mismo tiempo era la defensa del bien común. Esto, en sí mismo, no es una garantía de beneficencia. El partidismo se había presentado muchas veces bajo el disfraz de benevolencia y justicia universales; pero esta vez la coincidencia de intereses no sólo fue hábilmente presentada, sino que tenía una base de verdad. El progreso económico dependía del establecimiento de la independencia del capitalismo industrial. Al contribuir a la creación de una estructura económica en que sólo era posible la supremacía de la iniciativa privada, Adam Smith podía pretender con Justicia que impulsaba el bienestar de la comunidad entera.

Si sucedía lo mismo en otros países, es otra cuestión. Ya veremos que tardaron mucho tiempo en aparecer en otras partes escuelas ideológicas análogas. Hay buenas razones para decir que toda la doctrina del liberalismo económico elaborada por Smith no echó raíces tan rápidamente en otros países como en Inglaterra, porque las condiciones peculiares de Inglaterra en vísperas de la Revolución Industrial no se reprodujeron completamente en ellos. Cuando Smith escribía, Inglaterra ya era el país capitalista más avanzado del mundo. Con un gran capital acumulado, se preparaba a adquirir y consolidar su preeminencia industrial sobre el resto del mundo. Aunque hasta a mediados del siglo siguiente Inglaterra no pudo llamarse con verdad "el taller del mundo", en tiempos de Smith empezaba ya a adquirir esa posición, y la política que éste preconizaba iba encaminada a acelerar aquella tendencia. El ataque a las prácticas monopolistas dentro del país, hecho en beneficio de la expansión industrial, se convirtió en parte de la lucha general contra los privilegios, en armonía con gran parte del pensamiento político de la época. El ataque al proteccionismo podía también, de modo parecido, realizarse como favorable a los consumidores que deseaban artículos más baratos, aunque lo dictasen igualmente los intereses de los manufactureros que deseaban costos de producción bajos que les permitieran hacerse con mercados para la exportación.

La identificación de los intereses particulares con los generales encarnó en un sistema teórico que pretendía tener validez universal y que hacía participar a sus secuaces en una concepción especial de la sociedad y del estado. Implicaba, sobre todo, que había una armonía de intereses de los individuos y de las clases que sólo podía ser perturbada por la adquisición de privilegios, los cuales eran resultado no meramente de las instituciones sociales, sino de acciones urdidas para desafiar la ley natural, es decir, de la intervención política. Así se situó al estado en parte fuera y por encima de la sociedad. Su intervención en beneficio de los intereses de un sector era artificial. Si intervenía para crear privilegios, es que se le había manipulado ilegítimamente. La imparcialidad era su verdadera función. No era sino una pieza de la maquinaria destinada a ciertos fines muy limitados que requerían los intereses de la sociedad en general. No debía permitirse que esa maquinaria cayera en manos de un solo sector de la sociedad.

No desconocía Adam Smith el deseo de los individuos, incluidos los hombres de negocios, de crearse posiciones privilegiadas; pero, sin embargo, creía en la armonía de intereses, porque pensaba que posiciones privilegiadas sólo podían sostenerse con la ayuda del estado. Sin la intervención del gobierno para ayudarles y con una política activa dirigida a mantener la competencia; los que buscaban privilegios no tenían ningún poder. Smith, como los filósofos liberales posteriores, fue fundamentalmente un optimista. Atribuía a errores de gobierno los males sociales que veía en torno suyo; el pasado histórico no era sino el registro de intentos mal concebidos para reforzar privilegios de ciertos sectores. Eliminense éstos, y todo irá bien. Toda la obra de Smith suponía fe grande en la posibilidad de libertar al estado de la pesadilla de la influencia de los individuos y de las clases.

La creencia en el orden natural condujo a Smith a criticar la intervención del estado; pero no dudó, sin embargo, de la compatibilidad de la armonía social con la institución de la propiedad privada. Conocía muy bien la relación que hay entre la propiedad y el gobierno. Opinaba que el gobierno civil era necesario ante todo para proteger la propiedad. Era innecesario en las comunidades primitivas porque no existía en ellas ninguna propiedad que pudiera excitar la envidia de los pobres y crear en el rico una sensación de inseguridad. Pero al aumentar la propiedad, el gobierno llegó a ser esencial para salvaguardarla. "El gobierno civil en la medida en que está instituido para defender la propiedad, en realidad está instituido para defender al rico contra el pobre, o a los que tienen alguna propiedad contra los que no tienen, ninguna."¹⁰ Smith también creía que la propiedad era la causa principal de la autoridad y de la subordinación, y que el nacimiento, la más importante de las otras causas, se fundaba en diferencias originarias de riqueza.

Mas no temía que la existencia de la propiedad privada o que las grandes desigualdades en su

¹⁰ Adam Smith, *op. cit.*, p. 233

distribución pudieran ocasionar ninguna perturbación de la armonía natural. En una sociedad opulenta y civilizada en que la acción del estado se mantuviese dentro de los límites que él había fijado, las grandes fortunas, según le parecía, no tenían por qué crear opresión y explotación. Nadie dependía de la benevolencia de los demás, pues por cada cosa que uno recibía de los otros, daba una cosa equivalente en cambio. Además, el libre juego de las fuerzas naturales destruiría todas las posiciones que no se basasen en aportaciones al bien común.

Otros filósofos políticos y otros economistas vendrían después a refinar y desarrollar estas opiniones de Adam Smith, y durante mucho tiempo siguieron siendo cualidades esenciales del pensamiento económico clásico la teoría de la armonía y una visión optimista del desarrollo social. No obstante, el intento de Smith para ligar su análisis económico con su filosofía social no tuvo éxito completo. Su teoría económica, que constituía la base de la posición clásica, contenía elementos que, en otras manos, podían servir para apoyar una concepción diferente de la sociedad y principios políticos distintos. En la formulación que le dio Ricardo, la teoría de Smith ya pierde algo de sus implicaciones optimistas y armónicas. Empiezan a aparecer conflictos potenciales que, interpretados por los críticos, en particular por los socialistas ricardianos, volvieron la teoría contra los mismos intereses cuya defensa había sido la principal tarea de Smith.

c) *La teoría del valor.* El gran adelanto del pensamiento económico que se debe a Smith es la emancipación de los prejuicios mercantilistas y fisiocráticos. Durante doscientos años, los economistas habían estado buscando la fuente última de la riqueza. Los mercantilistas la habían encontrado en el comercio exterior. Los fisiócratas habían ido más lejos y trasladaron el origen de la riqueza de la esfera del cambio a la de la producción, pero se habían limitado a una sola forma concreta de producción: agricultura. Adam Smith, construyendo sobre los cimientos sentados por Petty y Cantillon, efectuó la revolución final. El trabajo como tal se convierte con Smith en la fuente del fondo que abastece a todas las naciones "de las cosas necesarias y convenientes para la vida que consumen anualmente".¹¹ Smith todavía hablaba de la riqueza en el sentido de objetos materiales útiles, como sus predecesores ingleses, pero, al hacerla resultado del trabajo en general, fue llevado a investigar el aspecto social de la riqueza, más que el técnico. La riqueza de una nación, dice, dependerá de dos condiciones: primera, el grado de productividad del trabajo al cual se debe; y segunda, la cantidad de trabajo útil, es decir, trabajo productor de riqueza, que se emplee. El examen del primero de estos factores conduce a Smith a estudiar la división del trabajo, el cambio, el dinero y la distribución, a lo cual está dedicado todo el primer libro. El segundo factor trae aparejado un análisis del capital, que hace en el libro segundo.

Smith empieza su análisis con la división del trabajo, porque desea encontrar los principios que transforman las formas concretas y particulares del trabajo, que producen determinados bienes (valores de uso), en trabajo como elemento social, que se convierte en la fuente de riqueza en abstracto (valor de cambio). La división del trabajo es para Smith la causa principal de la productividad creciente del mismo. Después de hacer la conocida descripción de su calidad y consecuencias,¹² pasa a investigar las causas que la producen. Aquí es donde hace a la división del trabajo depender de la propensión al cambio o trueque, que considera uno de los principales móviles de la conducta humana. No cabe duda en que, en este punto, Smith confunde causa y efecto. Aunque sea muy cierto que el cambio no puede existir sin la división del trabajo, no es verdad, por lo menos en teoría, que la división del trabajo requiera la existencia del cambio privado. Es lógicamente demostrable que una organización determinada (por ejemplo, la economía de una tribu patriarcal que desconoce la institución de la propiedad privada) puede poseer una tecnología que use la división del trabajo y no practicar el cambio. Y puede demostrarse que han existido comunidades de ese tipo. Adam Smith es culpable de haber hecho válidas para todos los tiempos las características de la sociedad de su época; consideró como un móvil natural humano y convirtió en un principio universal de explicación, un rasgo de orden social de su tiempo que estaba históricamente condicionado.¹³ Pero la finalidad que perseguía era propagandística. Acentuó la influencia del mercado sobre la productividad para demostrar que el comercio libre es un requisito previo del desarrollo de la capacidad productiva, y no sólo para el pleno uso de la capacidad de producción existente.

Pasa después a analizar los elementos que determinan el grado de división del trabajo, y concluye que ese grado está limitado por la extensión del mercado. Desarrolla algunos puntos tratados ya por Jenofonte y más tarde por Petty, y hace una descripción de la relación existente entre el circuito del cambio y la división del trabajo, que desde entonces se considera como la descripción clásica del

¹¹ Adam Smith, *op. cit.*, vol. I, p. 1.

¹² *Ibid.*, libro I, cap. I.

¹³ *Ibid.*, cap. II.

asunto.¹⁴ Pone de manifiesto que cuando ambos han alcanzado cierto grado de desarrollo, la dependencia de cada individuo respecto de la comunidad es muy grande. Entonces, todo hombre se convierte "en cierta medida en comerciante, y la sociedad misma se transforma en lo que propiamente puede llamarse sociedad comercial".¹⁵ La eficacia con que esta sociedad realiza sus cambios ahora habituales será muy escasa mientras el cambio se haga en especie. Las conocidas desventajas del trueque llevaron a la adopción de un medio de cambio generalmente aceptado: el dinero. Smith describe la forma en que los metales preciosos fueron elegidos como la mercancía con que había de hacerse el dinero, y traza con brevedad su progreso a través de la historia. Pero esto es sólo incidental. El punto importante a donde conduce el breve estudio del dinero es el problema de "las reglas que los hombres observan de un modo natural en el cambio [de bienes] ya por dinero o uno por otro... Esas reglas determinan lo que puede llamarse el valor relativo o de cambio de los bienes".¹⁶ Por este camino desviado llega Smith al problema central de su investigación económica. Pero el problema ya estaba implícito en el hecho mismo de haber comenzado por abandonar el interés mercantilista y fisiocrático por las formas particulares de la riqueza para considerar la riqueza en general como fenómeno social.

Smith distingue, antes de iniciar el análisis del valor, dos usos de la palabra. Uno, advierte, significa la utilidad de un objeto particular, y lo llama *valor en uso*; el otro se refiere a la capacidad de un objeto para comprar otros bienes: a éste le llama *valor en cambio*. Menciona una paradoja cuyos términos se han hecho famosos: algunas de las mercancías más útiles, como el agua, dice, apenas tienen algún *valor en cambio*, mientras otras, como los diamantes, aunque de poco uso, pueden comprar por trueque gran cantidad de otras. Esta paradoja iba a proporcionar el punto de partida a la teorización de los economistas de fines del siglo XIX que al fin condujo a la doctrina de la utilidad marginal. Smith no se interesó por dilucidar las complicaciones del valor de uso. Situó la distinción de los dos sentidos de la palabra "valor" al final del capítulo sobre el dinero, con el fin, a lo que parece, de quitársela de en medio antes de empezar la labor verdaderamente importante: el análisis del valor de cambio. éste se divide en tres partes: ¿cuál es la medida del valor de cambio de las mercancías, o como le llama también Smith, su precio real o natural? ¿Cuáles son las partes constitutivas de este precio natural? Y, por último, ¿cómo nacen de su precio natural las modificaciones del precio en el mercado de las mercancías? A estos problemas dedica los capítulos V, VI y VII del Libro I.

No es fácil hacer un resumen de la ambigua y confusa teoría del valor de Adam Smith. Los economistas que le siguieron encontraron dos o tres vetas diferentes de ideas que Smith no distinguió con suficiente claridad. Expuso la teoría-trabajo del valor, heredada de Petty y Cantillon; pero también le añadió algunos elementos del análisis de Locke acerca de la oferta y la demanda. Y en sus luchas con el concepto de capital y el lugar que ocupa en el proceso económico contradijo su propia teoría del valor-trabajo y legó a las generaciones siguientes lo que llegó a ser principalmente una teoría del costo de producción. Según sus preferencias, los economistas han subrayado uno u otro de estos principios diferentes; pero ni aun los que pertenecen a la misma escuela pueden ponerse de acuerdo en sus interpretaciones de la teoría de Adam Smith. Por ejemplo, un escritor se muestra afanoso por demostrar que la teoría del valor es un progreso hacia la escuela subjetivista a que él pertenece, y critica a Adam Smith por haber concentrado su atención en el valor de cambio (o poder adquisitivo) de las mercancías, con exclusión de su utilidad, que, según dicho escritor, es la verdadera causa del valor.¹⁷ Por el contrario, una escritora contemporánea que también pertenece a la escuela subjetivista, encuentra en Adam Smith vestigios del despuntar de ésta. Piensa que, al adoptar el concepto de la riqueza propio del consumidor, planteó el problema de la conexión entre producción y demanda. A la indecisión de Smith en el tratamiento de este problema y a la victoria subsiguiente de la escuela ricardiana, se debió —dice— el que el aspecto de la demanda fuese descuidado en Inglaterra y el que esa parte de la tradición de Smith floreciese en el continente europeo.¹⁸

Es cierto que la teoría de Adam Smith carece de consecuencia. Pero aunque incurrió, como veremos, en muchas contradicciones, hizo progresos notables en la explicación del valor. Y, en definitiva, su teoría descansa sobre lo que Ricardo destacó como base de su propio análisis: la teoría-trabajo del valor. Por contradictorio que haya sido Smith en su exposición de esta teoría, se atuvo a ella muy estrictamente en una aplicación importante: en su estudio del producto excedente, que era la base de toda ganancia.

Parece cosa sentada que la primera teoría sustentada por Adam Smith consideraba el trabajo como

¹⁴ Adam Smith, *op. cit.*, cap. III.

¹⁵ *Id.*, vol I, p. 23..

¹⁶ *Ibid.*, p. 28

¹⁷ R. Zuckerkandl, *Zur Theorie des Preises*, pp. 65-66.

¹⁸ M. Bowley, *Nassau Senior and Classical Economics* (1937), pp. 67-68

la única fuente de valor, y la cantidad de trabajo incorporada en cada mercancía como la medida de ese valor. Pero ya aquí empieza la confusión. Su estudio del valor de cambio en las *Lecturas* se diferencia poco del de los escritores anteriores que habían adoptado una explicación similar. Al igual que Petty, Steuart y Cantillon, consideraba que el valor de una mercancía estaba determinado por el costo de producir la cantidad de trabajo necesaria para la producción de la mercancía. Ese costo incluía no sólo la manutención del trabajador, sino gajes para la educación y la reproducción. Como sus predecesores, admitía la influencia de la demanda que determinaba la distribución del trabajo de tal manera que el valor y el costo del trabajo resultaran iguales.¹⁹

En la *Riqueza de las naciones* la teoría aparece más desarrollada, pero pierde claridad. En primer lugar, se limita el alcance de la teoría-trabajo del valor y aparece una teoría adicional para explicar otros aspectos de los fenómenos del valor. En segundo lugar, la exposición de la teoría-trabajo del valor, aun en los límites en que Smith admite todavía su validez, es muy confusa. La explicación del valor de cambio en el capítulo V empieza con un análisis de su naturaleza, que se deriva de los hechos sociales de la división del trabajo y del cambio privado. Un hombre es rico o pobre —dice— según la cantidad de cosas útiles que puede obtener. Cuando se ha producido la división del trabajo, su propio trabajo puede abastecerle sólo de unas pocas de esas cosas, y su riqueza dependerá de la cantidad de trabajo de otras personas de que pueda disponer. El valor en cambio de una mercancía que él posee será entonces igual a la cantidad de trabajo que con ella pueda comprar. Smith concluye que el trabajo "es la medida real del valor en cambio de todas las mercancías".²⁰

Después sigue inmediatamente otra exposición distinta del origen del valor y su medida, que evidentemente consideraba Adam Smith como una nueva versión de la primera, pero que es completamente distinta de ella, pues procede a medir el valor de una mercancía no sólo por la cantidad de trabajo que con ella puede obtenerse en cambio (o, como él dice ahora, el *valor* de determinada cantidad de trabajo), sino también por la cantidad de trabajo que su producción requiere. Estas dos explicaciones subsisten ahora la una al lado de la otra, y la confusión entre ellas la pone muy de manifiesto la afirmación de que "la fortuna de un hombre es mayor o menor exactamente en proporción a... la cantidad ya de trabajo de otros hombres, o ya, lo que es lo mismo, del producto del trabajo de otros hombres que le permite comprar o disponer de él".²¹ En la primera mitad de esta afirmación, el valor en cambio del trabajo es la medida del valor en cambio de otras mercancías; en la segunda mitad, esa medida es la cantidad de trabajo incorporada en una mercancía. Ricardo había de recoger más tarde la segunda explicación. Por otro lado, esta parte de la teoría de Smith sirvió también de punto de partida a una teoría psicológica del valor como consecuencia del costo, que descansa en gran parte sobre el concepto de "desutilidad" y forma parte importante de muchas explicaciones posteriores del valor.

La causa de la confusión de Smith radica en su deseo de acentuar la importancia de la división del trabajo y de los cambios que su introducción trae consigo. "El trabajo —dice— fue el primer precio que se pagó. . . por todas las cosas".²² Pero una vez establecida la división del trabajo, ya no es el producto del trabajo propio lo que determina la riqueza, sino la cantidad de trabajo de otras personas de que se pueda disponer con ese producto, es decir, la cantidad de trabajo en general que se puede comprar con la cantidad de trabajo contenida en el producto del trabajo propio. En otras palabras, lo que Smith hizo aquí fue desarrollar de nuevo, pero en otros términos, el concepto del valor en cambio como tal, concepto que sólo nace en lo que respecta a la teoría del valor como producto del trabajo cuando éste se ha convertido en un factor social. Pues deben ser igualados de algún modo los productos del trabajo de diferentes individuos mediante la división del trabajo y el cambio. Pero Smith aplicó este concepto de una manera que implicaba una ecuación no sólo entre los productos del trabajo, sino también entre el producto del trabajo y el trabajo mismo; y la dificultad inherente a esto le condujo finalmente a formular una teoría diferente del valor.

Antes de pasar a hacerlo, Smith vuelve a estudiar el dinero. También aquí incurre en cierta confusión. Habla ahora del trabajo como la medida del valor no en el sentido de lo que es inherente al valor en cambio, sino en el sentido de una vara de medir con la que se compara el valor de las mercancías. En este sentido, encuentra que el trabajo no es una medida eficaz. Dice que las mercancías rara vez se cambian por trabajo (y aquí vuelve a aparecer la confusión antes mencionada), sino por otras mercancías. Por lo tanto, el valor en cambio de las mercancías suele calcularse con más frecuencia por las cantidades de otras mercancías, que son objetos "llanos y palpables", que por el trabajo, que es "una

¹⁹ Adam Smith, *Lectures on justice, Police, Revenue and Arms*, ed. Cannan, pp. 173-82

²⁰ Adam Smith, *Wealth of Nations*, ed. W. R. Scott, vol. I, p. 30.

²¹ Adam Smith, *op. cit.*, p. 31.

²² *Ibid.*, p. 30.

noción abstracta".²³ Una vez iniciado el uso del dinero, lo más frecuente es cambiar las mercancías por él, que se convierte entonces en la medida de valor de uso general. Debido a su confusión respecto del significado exacto de la expresión "medida de valor", Adam Smith considera el dinero de igual categoría que el trabajo, o casi, porque se lanza a buscar algo que posea un valor constante y que, en consecuencia, pueda ser usado como medida eficaz. Descarta el oro y la plata, las mercancías dinero de uso más extendido, por estar sujetos a fluctuaciones de valor, es decir, de la cantidad de trabajo que es necesaria para producirlos, o (de nuevo aparece la confusión) en la cantidad de trabajo que con determinada cantidad de ellos se puede adquirir. Vuelve, pues, al trabajo, cuyo valor —dice— no cambia nunca y es "el único patrón definitivo y verdadero con que puede medirse y compararse el valor de todas las mercancías en todos los tipos y lugares".²⁴ El trabajo se convierte en el precio *real* de las mercancías, y el dinero en el precio *nominal*.

Vemos que la confusión entre cantidad de trabajo y valor del trabajo ha persistido. Parece que el mismo Adam Smith se da cuenta de la dificultad, pues admite que el valor del trabajo (que acaba de considerar invariable), aunque sea siempre igual para el trabajador, parece variar para las personas que lo compran; porque con una misma cantidad de trabajo se comprarán unas veces más y otras veces menos mercancías. Smith elude el problema diciendo que no es el trabajo lo barato o caro, sino las mercancías con que se compra. Ahora da a las expresiones precio "real" y precio "nominal" un sentido diferente: el primero es la cantidad de cosas necesarias y útiles para la vida, el segundo la cantidad de dinero que se nos da a cambio de cualquier cosa, incluso de trabajo. Esta distinción es hoy familiar; se usa a menudo en el análisis económico, como, por ejemplo, cuando se distingue entre salarios reales y salarios en dinero. Smith no prosigue en esta etapa el estudio del problema del precio real del trabajo, pero, después de estudiar la acuñación, las proporciones variables de oro y plata y las fluctuaciones del valor de las mercancías, vuelve a ocuparse de su teoría del valor.

.....

La anterior reseña de la obra de Adam Smith se concentró en la médula de su análisis, en el cual encontramos muchas contradicciones. Mas, a pesar de ellas, y quizá por ellas, el desarrollo ulterior del pensamiento económico hubiera sido imposible sin él. Smith acotó el campo de la investigación económica de tal suerte, que todos los pensadores que le sucedieron se guiaron por los mojones que él puso: producción, valor, distribución. La estructura de la ciencia económica quedaba firmemente establecida.

Pero, además de esos logros, la obra de Adam Smith posee una significación más profunda que estriba en sus implicaciones filosóficas sociales. Ya hemos visto que formuló la primera exposición sistemática de la armonía de los intereses sociales y que implantó en la ciencia económica una tradición utilitaria. Sin embargo, su análisis económico reveló también dónde y cómo pueden brotar antagonismos entre los intereses sociales. Smith no atacó directamente los intereses de los terratenientes; la oposición a éstos no era aún la cuestión trascendental que llegó a ser en los días de Ricardo. El objetivo principal del ataque de Smith era todavía el comerciante monopolista. Vivió y pensó en términos de aquella sociedad de transición del siglo XVIII que tenía ya su capitalismo industrial, pero en la cual la industria no estaba suficientemente desarrollada para preocuparse por el trabajo barato y, en consecuencia, por los alimentos baratos. La teoría-trabajo del valor y la del excedente, que se encuentran en los dos primeros libros de la *Riqueza de las naciones*, revelan una posible pugna entre diferentes clases, y esto persiste, no obstante la posterior exposición que hace Smith de una teoría del costo de producción que podía usarse para establecer la igualdad de derechos a tener ingresos de todas las clases sociales, convirtiéndolas a todas en fuentes de valor.

Esta dicotomía persiste en dos escuelas económicas posteriores a Smith: una continúa la tradición de armonía y distingue tres factores que cooperan en la producción; la otra desarrolla la teoría de la explotación. Es verdad que ambas pueden autorizarse con el nombre de Smith, que no desarrolló una teoría del valor consecuente consigo misma. Puede argüirse que en aquella etapa del desarrollo económico el movimiento de los ingresos de las diferentes clases sociales no era aún el problema económico central. No era necesaria una teoría del valor para contestar la clase de preguntas que Smith se hacía. Se contentó, pues, con formular algunas generalizaciones empíricas que ponen de manifiesto los factores que interesan a una teoría completa. Pero sus formulaciones pudieron ser interpretadas después de diferentes maneras. Si habló de una mano invisible que hacía que todo el mundo contribuyera al bien común, también desmintió su teoría de la armonía con sus ataques contra la situación económica de los trabajadores "improductivos". Escribió con la mayor saña contra la pro-

²³ Adam Smith, *op. cit.*, p. 32.

²⁴ *Ibid.*, p. 33.

digalidad de los príncipes y de los ministros, y si no atacó a las instituciones que mantenían todo el aparato del gobierno, justicia y educación, no se mordió la lengua al expresar su opinión respecto a su importancia económica. "El soberano —dijo—, con todos los funcionarios que le sirven, tanto judiciales como militares, todo el ejército y toda la marina, son trabajadores improductivos. . . En la misma clase hay que incluir algunas de las profesiones más graves y más importantes y algunas de las más frívolas: sacerdotes, abogados, médicos, hombres de letras de todas clases, cómicos, bufones, músicos, cantantes y danzantes de ópera, etc."²⁵ No podía expresarse de manera más consecuente la nueva opinión sobre la estructura social. La producción capitalista es el fundamento de la sociedad, todo lo demás descansa sobre ella.

En una ocasión por lo menos se permite Smith estudiar directamente los intereses de las diferentes clases y su relación con el bien de la comunidad en general.²⁶ Tiene mala opinión de la calidad intelectual y del carácter de los terratenientes. Obtienen sus ingresos sin trabajar (en otra ocasión dice que "les gusta cosechar donde no han sembrado"),²⁷ y, por lo tanto, ignoran a menudo su propio interés y son incapaces de comprender las consecuencias de cualquier medida política que pueda proponerse. Sin embargo, sus intereses no pueden ser opuestos a los de la comunidad en general, porque las rentas suben con el aumento general de riqueza. El interés del obrero también está ligado con los intereses de la sociedad, aun cuando no sea capaz de comprenderlo. Por otra parte, los intereses de quienes viven de utilidades pueden muchas veces oponerse al provecho común, porque las utilidades tienden a disminuir a medida que la sociedad se enriquece. Los capitalistas son, al mismo tiempo, más capaces que cualquier otra clase para apreciar sus propios intereses, y, por lo tanto, siempre es sospechosa su actitud hacia la política pública. Cualquier proposición que venga de ellos "procede de una clase de hombres cuyos intereses no son nunca exactamente los mismos que los del público, clase a la que generalmente le interesa engañar y hasta oprimir al público, y que, por tanto, lo ha engañado y oprimido en muchas ocasiones".

Estos inarmónicos elementos esbozados por Smith iba a acabar de diseñarlos Ricardo, en una teoría de la evolución económica en que existen muchas posibilidades de conflicto entre intereses contrapuestos.

.....

²⁵ Adam Smith, *op. cit.*, vol. I, p. 356.

²⁶ *Ibíd.*, pp. 261-65.

²⁷ Adam Smith, *op. cit.*, p. 50.
